

EL DISLOQUE

Órgano de la desorganización social.

Número suelto 10 céntimos.

Año I.

Madrid 5 de Diciembre de 1899.

Núm. 27

EL VAMPIRO

HEMEROTECA
MUNICIPAL



-- Despierta, chico, que nos van a chupar la sangre.
-- ¡Pues deja que nos la chupen!

VILLAVERDE

o l'enfant terrible.

La escena en el paseo del Prado. Un niño, que ha logrado desasirse del ama seca, comienza á dar gritos. Debe decir cosas muy interesantes, porque la gente le rodea. El ama, que advierte el suceso, corre desolada, procurando á todo trance hacerle callar; pero como entre ella y el niño se interpone la gente, el muchacho se despacha á su gusto.

El niño.—El ama ya quería que hubiese concierto. ¡Como le gusta tanto el baile!... ¡Y además, iba á haber aguinaldos!

El ama (doña Francisca) á gritos.—¡Te vas á callar!

El niño.—¡Ya he callado bastante! ¿No me habías dicho que en esto del concierto mando yo?

Un transeunte (Cañalejas).—Dime, niño, ¿no te gusta la música?

El niño.—A mí, no; al año, al año. Antes se iba con los soldados; ahora quiere irse con los horteras.

El ama (doña Francisca).—¡Te vas á callar! ¿Cuándo he dicho yo que me gustan los conciertos?

Otro transeunte (Ferrer y Vidal).—¿Con que no te gustan, bribona, embustera?... ¿No me dijiste ayer que te vendrías conmigo?

El ama, frenética, á punto de desmayarse.—El mentiroso eres tú.

Otro transeunte (Soler y Mas).—¡Aquí va á armarse la de Dios es Cristo!

Otro (Cañellas).—¡Hay que matar el ama!

El ama, loca, completamente loca, abalanzándose sobre el niño.—¡Lo ves; lo ves!... ¿No te había dicho que callarás?

Todos los transeuntes.—¡Que hable, que hable!

Otro (Romero Robledo).—¡Viva la Pepa!... ¡No os decía que no llegaríamos á ninguna parte, pero que nos íbamos á divertir mucho en el camino?

Otro (Barzanallana).—¡Mú!

Tres transeuntes, Ferrer y Vidal, Cañellas y Soler, y Mas, la emprenden á bofetadas con el ama seca, so pretexto de que les había prometido una cita en el concierto.

Los demás levantan al niño y lo llevan en andas.

Jollín universal, consternación en el cuerpo de amas secas, lágrimas, desmayos, mareos.

Al cabo de una hora de indescriptible maremagnum, vuelven las aguas á los mares, los ríos á sus cauces, los niños á las niñeras y l'enfant terrible á Doña Francisca.

—Lo que es ahora no me volverás á comprometer.

Y desde aquella tarde, en lugar de babero, lleva un bozal el ministro de Hacienda.

LOS ESTUDIANTES

Los estudiantes de Madrid y los de Barcelona, se han declarado en huelga.

Como observará el doctor Robert, en esto de las huelgas estudiantiles no hay diferencia de cráneos.

Cuando los motines de Barcelona, los estudiantes españoles iban por las calles cantando *La marcha de Cádiz*.

Y los catalanistas entonaban el himno de *los segadores*.

Pero todos coincidían en lo fundamental:

En no ir á clase.

Ahora, los estudiantes catalanes y los madrileños, principalmente los de la facultad de derecho, se niegan á asistir á las aulas con pretexto de que apenas falta un mes para las vacaciones de Navidad.

Cuando los estudiantes adoptan una gran resolución, ya se sabe, huelga segura.

¿Viene Polavieja?... ¡Huelga!

¿Hay concierto económico?... ¡Huelga!

¿No le hay?... ¡Huelga!

¿Muere Castelar?... ¡Huelga!

¿Llega Diciembre?... ¡Vacaciones!

Después de estas cosas, se pregunta D. Joaquín Costa si no huelgan universidades, catedráticos y estudiantes.

Aunque claro está que no.

Porque, ¿qué iba á ser de España sin los diez mil abogados que anualmente vomitan nuestros centros universitarios?

LA AUDACIA DE UN POETA

Un poeta español de los que viven á expensas del Erario y de sus viñas, ha dicho contra el clero y sus rapiñas cosas que ni se estilan ni se escriben.

Liberales y neos las prohíben porque sólo consienten socaliñas de esas que ya ni alarman á las niñas ni emocionan á quienes las conciben.

D. Gaspar Núñez de Arce, que no es otro el que suscribe el virrundo ataque contra las clericales tropelías, merece que le azoten sobre un potro, más que por intentar hacer el jaque... por derrochar la tinta en tonterías.

CLARÍN Y SUS HIJOS

Clarín. Cuanto más viejo, más pellejo. Entusiasmado ante un retrato de doña Belén Sárraga, se siente D. Juan, enristra la pluma, y escribe un *palique* para llamar hermosa á la propagandista infatigable.

Y vean ustedes cómo el terror de *Arimón* se convierte en el terror de los maridos.

Porque doña Belén está casada, y gasta su marido unas pulgas, que parecen Becerras de Bengoa, Martínez Sierras ó Cavestauys, pongo por hormiguitas.

¿Cómo no le habrán informado de este detalle los correve-diles que dedican sus servicios honorables al crítico asturiano, á cambio de un bombito cada cuatro meses?

—¡Ay, *Clarín*, *Clarín*, más te valiera dejarte de coplas y aventuras galantes! Supongamos que á doña Belén se le ocurre ir á Oviedo, llevando á su marido en la maleta; figurémonos que al abrir el baul tropiezan los ojos del esposo con el apolónico semblante de D. Leopoldo; pensemos en que el cónyuge de la oradora se sienta Otelio... ¿puede predecir nadie la magnitud de la catástrofe?

¡*Clarín*, *Clarín*... piensa que te debes á tus hijos!

Y claro está, que al mentar á los hijos, no nos referimos á los de carne, que diría Echegaray; las vidas privadas á nadie interesan, y la de *Clarín* menos que ninguna otra.

El hombre se levanta por la mañana, se lleva á la Universidad sus libros de consulta—amenidades de Troyano, profundidades de *Kasabal* y reclamos de Miguel Moya—hace como que da la clase, y se refugia á la carrera en el círculo.

Allá se mete en el gabinete... de recreo, pasa revista á los libros españoles—ya de Fournier (D. Heraclio), si que también Oleas (todos de cuarenta hojas)—y á los franceses, de cincuenta y dos.

Frecuenta el trato de los clásicos—fray Tute, santa Timba, las Siete y media y sereno, historia de los reyes, oros, copas, etc., con ilustraciones *mus* límicas—da sus escarceos por el extranjero; aquí se descarta, y allá aprende filosofía en los faraones.

En cuanto pierde un órdago y se queda sin dinero, pide unas cuartillas, escribe un *palique* entre paso y envido; extiende la letra, la descuenta en la casa de banca, y así, al

otro día, y al otro, y al otro, y así resulta con tan mala pata. Nosotros no queríamos hablar de los hijos de carne. Los que necesitan de sus cuidados son los del espíritu.

Cuatro son—uno más que las hijas de Elena—los genios criados á sus pechos. Por ahí anda Melquiades Álvarez, orador republicano y astur. No llegará á jefe del Estado, pero sí á concejal en Oviedo. ¡Y menos da un *Clarín*!

Sobre el segundo de sus hijos hay grandes dudas. Unos dicen de D. Carlos Luis de Cuenca que es pedestre, otros que es ilustrado. Y á fin de evitar palos, nos da la realidad una fórmula de concordia: El Sr. Cuenca se dedica á hacer los pies de las ilustraciones de *La Ilustración*.

El tercero, Sr. Martínez Ruiz, posee un alambique en Monóvar. De su aguardiente se hacen grandes elogios.

Y el cuarto, D. Tomás Carretero, se queja amargamente de que en Madrid abunde la anemia.

Y, en verdad, que su pálida prosa necesita color; no se dirá, sin embargo, que nadie llame á nuestras puertas—porque á las nuestras llama Carretero, siquiera sea vergonzantemente—sin que le hagamos la merced de un consejo.

Tome hierro el hombre, como lo recomendaba el catedrático de medicina de la Universidad vallisoletana, Sr. Cantalapiedra á las señoritas cloróticas:

Tome hierro, mucho hierro... pero en barras.

MERCADERES Y SOLDADOS

Un telegrama.

Alicante (núm. 855) 2 (9 m.)
Siete destinatarios.—Hemos dirigido siguiente telegrama á la *Correspondencia Militar*: «Parece imposible escribanse artículos tan repugnantes como el titulado *La circular de los mercaderes*, por los que, blasonando de noble ejército español, olvidan el lema *no me saques sin razón ni me envaines sin honor*, pretendiendo abusar de las armas de nuestra patria con amenazas solo propias del ruin soldado mercenario. Langucha.—Ors.—García.—Ortiz.—Borrás.

Dependientes de comercio.

No hemos querido, añadiendo preposiciones y completando párrafos, alterar el telegrama que antecede, dejándole así la «habitual concisión del telégrafo», que dicen los gacetilleros.

Los dependientes de comercio que, sin bombos ni platillos, dejando á un lado á Paraíso y á Costa, recogen el guante con pequeñez de hormigas, pero con toda la serenidad de un elefante, han enviado su telegrama, que vale más que la circular, á siete periódicos, es decir, á toda la gran prensa, á la que tira cuarenta, ó cincuenta, ó cien mil ejemplares, en magníficas rotativas de complicado mecanismo. A la prensa que da hecha la opinión al medio millón escaso de personas que saben leer en España.

Pues ojen; esa prensa, que se combate y levanta tempestades en un vaso de agua turbia, esa prensa, lo mismo la republicana que la monárquica, la liberal que la conservadora, con rara increíble unanimidad, sin consultarse, ha guardado el más absoluto silencio arrojando al cesto de los papeles inservibles ese pobre telegrama que firman cinco dependientes de comercio.

Señor, ¿por qué pasarán estas cosas? ¿Por qué no habrá habido un huequcito para la enérgica protesta de cinco hombres honrados que no gustan de ser tratados de mercaderes por *La Correspondencia Militar*...?

No lo sabemos; pero tengan un consuelo los firmantes del telegrama; no serán ellos los arrojados á latigazos de los escalones del templo.

CONTRASTES

(Reflexiones filosóficas)

Constituye el programa del Gobierno la liquidación de las guerras coloniales.

Para llegar á esa liquidación, no repara en pelillos el ministro de Hacienda.

Procesos, embargos, rebelión, sedición, muertes, asolamientos, fieros males, cuantos recursos de gobierno se hayan imaginado nunca, sirvenle para que la liquidación se verifique.

Pero he aquí que un médico gallego viene á librar al Gobierno de tan graves cuidados.

Según una estadística averiguada pacienzudamente, el 33 por 100 de los soldados repatriados han muerto de un año á esta parte de anemia, tisis, disentería, fiebres y otras enfermedades que han persistido al cambio de clima.

Y vean ustedes como la liquidación se verifica por sí sola; una tercera parte de los soldados se quedó en Ultramar, otra tercera va cayendo en España, á la mitad de la otra tercera abrénsela de un día para otro las puertas del cielo, y á la mitad restante las puertas del paraíso... del paraíso terrenal.

Otra estadística asegura que durante el año 1898 han entrado en España cuatrocientos millones de pesetas con la repatriación de militares y funcionarios civiles.

En la Bolsa hay un trajín incesante; ni de esos cuatrocientos millones buscando colocación. No hace mucho tiempo, un señor grueso compraba á fin de mes quince mil pesetas de exterior al 73,65. Y como el día no estaba muy animado, llamó la atención el caballero. Preguntaron por su nombre.

—Un comisario de guerra, que en los últimos tiempos de Cuba española, en los del general Jiménez Castellanos, cargó con la administración del ejército y con las liquidaciones.

—¿Rico?

—¡Tal cual!... Se casó en Cuba con gran aparato. Lo vi en Sarriá el último verano, poseedor de una quinta magnífica, vive en Madrid á lo príncipe, ha casado á su hija, cargándola de joyas, viaja en vagón reservado... ¡Un nabab!

Y esto y otras mil cosas se oyen á cada paso de aquel comisario, de éste, del otro y del de más allá.

Y vean ustedes porqué nos parece canchales el gobierno, tratando de liquidar las guerras, y cándido el médico gallego que se asusta de la mortalidad que azota á los repatriados.

Las guerras resultaron un banquete en que los más murieron de hambre para hartar á los menos, á los menos escrupulosos.

...Y es lo que dice y hace la santa naturaleza:

—El muerto al hoyo, y el vivo al bollo.

GENIOS PRECOCES

El *Heraldo de Madrid* anuncia, con grandes aspavientos, la aparición de un genio precoz: el niño Pepito Rodríguez Arriola, habilísimo pianista de cuatro años de edad.

Deponga el colega su sorpresa. A esa edad sabían nuestros políticos mucho más que el niño gallego.

Para D. Alberto Aguilera no era un misterio la palabra barlote.

Canalejas conocía el camino de Santona, el del ducado—no el del presidio.

Romero Robledo sentía ya en su cuerpo el doble cáncer que debe llevarle á la tumba; el político, que es silvela, y el otro que le ha hecho polvo la nariz.

Silvela, á los cuatro años, presentía el infortunio de Angiolillo.

Liniers tenía ya en prensa su libro *Fuenteovejuna*.

Salmerón conocía la antigua frase de que antes entrará un camello por el ojo de una aguja, que un republicano centralista en el reino del presupuesto.

Navarro Reverter no ignoraba lo que es un descubierto en la Bolsa.

Maura había emprendido ya el camino de Loyola.

Primo de Rivera leía de corrido el Código penal, por aquello de que la prudencia es madre de la ciencia.

El duque de Tetuán calculaba ya matemáticamente la distancia que debe recorrer un puño para llegar á la cara de D. Augusto Comas.

Barell sabía á los cuatro años que Cristo paseó desde los Andes al Chimborazo.

González Parrado tenía nota exacta de las casas de banca sobre las cuales se puede girar con seguridad.

Mesa y Mena lloraba por anticipado su fatal encuentro con Adolfo Figueroa.

Moret presentía que su misión en la tierra no pasaría de vulgarizar la memez.

Sagasta no ignoraba de cuántos Capdepones se compone un rebaño, y sabía también que vale más un rascate la barba, que dos lo pensaré.

WEYLER

al través de Barrantes.

*El cuerpo ruin; oblicua la mirada;
innoble el rostro; el genio atrabiliario;
feroz verdugo; tigre sanguinario;
conciencia negra, y alma depravada*

Ese primer cuarteto es como el *leit motive* de la semblanza que ha trazado el Sr. Barrantes, un poeta cuya inspiración, cansada de refocilarse en las tabernas y otros lugares bajos, ascendió

en rauda y majestuoso vuelo

hasta la residencia de los jesuitas, trono de ese Júpiter con sotana que se llama el Padre Sanz.

En los folletos que lleva publicados el Sr. Barrantes—*Polvieja y el Padre Sanz*—han colaborado por igual el hambre desesperado y el estro del poeta, acaso acaso más la primera que el segundo.

Barrantes fué en otro tiempo mozo de valer, tuvo imaginación fogosa, brío lírico y llamaradas de demagogo. Batalló estérilmente, como se batalla siempre en este pueblo español, ato de majaderos para quienes el clérigo y el militar son instituciones intangibles; mal vivió sosteniendo con modestas victorias su independencia personal, y en cuanto el P. Sanz, que es la Celestina de la Compañía de Jesús, le hizo proposiciones, Barrantes se fué con él. ¿Precio de la venta? Treinta duros al mes en la Asociación de Padres de Familia, y un gabán de pieles, desecho del marqués de Comillas, que los usa con bolsillos de doble fondo, para guardarse las subvenciones que le da el Gobierno. ¿Qué sucedió más tarde?

*Barrantes en paz vivía
con su gabán y sus treinta,
cuando le ocurrió al marqués
privarle de la prebenda.
Se acabó la Asociación
de los padres de familia,
y se quedó el buen Barrantes
llamando á Dios y á Comillas.*

Ahora, el poeta quiere castigar aquellos olvidos, rehacer su nombre, vengarse y triunfar. Barrantes sabe, como sabemos todos, que no suman un centenar los españoles que pueden ufanarse de honrados: sabe que hay reputaciones con sotana y uniforme militar, que son una inmunda mentira, y se subleva contra eso y se desespera y grita.

Pobre Barrantes! ¿Más te valiera no haber salido de tu confortable gabán!

Al maltrecho vate de *Las Dominicales* le ha salido en *El Nacional* un contradictor muy cómico. Se trata de un señor *Semper Talis*, capitán ó cosa así de la reserva, y que escribe peor que si estuviese en activo. En cuanto le han dicho á *Semper Talis* que Weyler, su ídolo, dista un poco de ser un Bonaparte, el colaborador de *El Nacional* ha sentido deseos de renunciar la nacionalidad. Hubiera sido más lógico *Semper Talis* renunciando al uniforme antes que á su carta de ciudadanía. Verdad es que *Semper Talis* declara haber nacido allí en un peñón de las costas de Africa, noble confesión que induce á sospechar que *Semper Talis* lleva su patria en la cabe-

za. Lo mejor, de todas suertes, hubiera sido que el contradictor de Barrantes no hubiera dejado nunca su peñón. Ciertas expatriaciones van en perjuicio de la gramática.

PROFUNDIDADES

I

Un diario militar de mucho empuje pide que comerciantes y soldados resuelvan por las armas sus querellas y antes de que al soldado se le estruje prefiere ver los campos assolados y á los paisanos viendo las estrellas. Para hacernos temblar, nada como la prensa militar.

II

Ha muerto el exministro Segis Bermejo carmelita, virtuoso, marino y viejo. Mandó cuatro goletas, tres torpederos sin que sufriera á bordo más que aguaceros. Honrado y simple en vida fué á la Marina como si se embarcase para la China. Nada bueno ni malo; tal es su historia; y con ese bagaje se va á la gloria.

III

En Brooklyn (Nueva York) unos bribones estafan por docenas los millones ofreciendo á los yanquis candorosos crecidos intereses, fabulosos; en cambio aquí en España sin gastar tal patraña ni ofrecer otro queso que no sea el de palo y tente tieso, le comen los partidos al país novecientos millones en un tris. Producen más en esto de los robos las indirectas que gastaba Cobos.

Papelería y objetos de escritorio.

Gómez Carrillo, á quien Pepe Lama y Martínez Espada ungieron con el óleo de los genios en un banquete famoso, cuyos postres amargó Alejandro Sawa recitando su tradicional

Les sanglots longs des violons

etcétera, Gómez Carrillo, escribe diariamente un artículo en *El Liberal*.

El amigo de Oscar Wilde, á quien conoció, según confesión propia, en camiseta (¿dónde?) tiene un desparpajo que asombra. En cierta ocasión, prestóse á interceder con Cavia para que el genial satírico escribiese en *La Vida Literaria*. ¿Saben ustedes en qué paro la cosa? En que Carrillo hiciera un artículo y le pusiese su firma al pie á trueque de quince duros, que percibió de la administración de aquel semanario.

Ahora, Gómez Carrillo, pone todo su empeño en remedar á Bonafoux. Lean ustedes los artículos del autor de *Almas y Cerebros*. Por lo visto, Carrillo localiza el alma en los intestinos, y se convencerán.

Bonafoux, á quien no conocemos personalmente en esta casa, plantel de envidiosos, según la frase de Carretero, que tiene la pueril inocencia de creerse envidiado. Bonafoux es un temperamento literario. Paciente lejano de Heine, su pluma va de lo sentimental á lo irónico sin tropiezo, con graciosa y desaliñada espontaneidad.

Pero ¿Carrillo? ¡Hombre, quite usted allá!

Ayer nos habla Carrillo de gente que no ha sabido poner acuerdo entre su alma y su cerebro—¿qué es eso?—y renglones más abajo concluye un período con unos tanhelos aprendidos, que tiran de espaldas.

Para mermar el escaso crédito literario de que disfruta Carrillo, no es menester decir que la ha robado á Puskin su precioso cuento «un tiro», publicado por el Sr. Gómez con no sé qué título «Tristes idilios». Basta con enterarle al público de que Carrillo, que conoció á Oscar Wilde en camiseta—¿pero dónde, Dios mío?—se ha pasado lo más lozano de sus verdes años adulando á Clarín. Y ahora, como este crítico convencido ¡ya era tiempo! de que Carrillo es cualquier cosa menos un escritor delicado, le ha vuelto la espalda el literato guatemalteco le zahiere entre líneas con femenina saña.

¡Si el Sr. Alas hubiese leído algunas de las cosas que ha dicho de él Carrillo en los periódicos centro americanos!

Fray Candil suspendió sus agresivas latas literarias en la prensa madrileña para irse á la manigua á pelear por la santa causa.

Ahora, afirmada la independencia de Cuba, Fray Candil vuelve á la prensa madrileña.

Lo que él dirá desde la manigua á *Madrid Cómic* hay poco que franquear.

Un granadino, el Sr. Luis Llorens Torres, ha publicado un libro de poesías encomiásticas dedicadas á todas las cosas bonitas que encierra Granada.

El libro se titula *Al pie de la Alhambra*.

Y lo único que se ve es el pie.

Clarín hablando de las literatas en términos generales:

«... más vale ser una demagoga ambulante, pero guapa y fresca, que una literata discreta, con casa puesta, sedentaria... y fea como un coco.»

Y es lo que dirá doña Emilia:

—¡Adiós, Apolo!

Un descubrimiento de D. José de Roure:

«¡También el sol santifica las fiestas á su modo, creando flores por Mayo y por el invierno echándolas!»

Demos por bueno que el sol cree las flores en Mayo, precisamente con objeto de santificar las fiestas; mas ¿por qué ha de aguardar hasta el invierno para echarlas?

¡Ni que estuviera embarazado!

Al otro lado del bombo.

La empresa de Martín está en el camino de la fortuna; hay noche que en las cuatro secciones se venden seis butacas y dos entradas generales.

Y es natural, con esta concurrencia los autores están locos de alegría.

Y lo dice la gente, ¡hay que estar loco para estrenar en Martín!

El *General pimentón* era una zarzuela que se estaba ensayando en este teatro, y que los autores han decidido retirar por cuestiones económicas.

Y además, porque creían que el *general* se retiraría pronto.

La cólera de Aquiles.

Quinito Valverde se ha sentido Aquiles. El, que cuando más y á todo conceder podría pasar por un Tersites bufón del pentagrama, se ha querellado contra un periodista bilbaíno porque éste le dispensó el honor de suponerle capaz de plagiar músicas extranjeras.

Y el periodista ha sido condenado á tres años, seis meses y veintidós días de destierro, 250 pesetas de multa, y pago de costas.

Las cóleras del Aquiles del género chico son terribles. Es verosímil que cuando lea el despectivo comentario que pone mos á su venganza, le dé á Quinito por declararse en rebeldía y retar á Saint Saens. A ese extremo de ridículo puede llegar quien por verse llamado plagiatario, acaso con razón, se querella contra un modesto periodista de provincias y hace que lo destierren y le impongan una multa de cincuenta duros.

Y ocurre preguntar: si por decirle cuatro cosas á Quinito Valverde le aplican á uno esa pena, ¿á qué debe ser condenado el músico chirle que hiere los oídos del público con notas ramplonas?

En adelante, ya sabemos cómo tratar á Quinito Valverde. ¡Adiós, Wagner!

La cara de Dios, ó me alegro de verte bueno, Mesejo, porque de cualquier modo puede llamarse, se estrenó hace noches en Parish con un éxito grande, aunque no muy merecido.

La cara de Dios es un melodrama terrorífico en el que Arni-ches, acordándose de sus piecitas, ha intercalado dos ó tres escenas cómicas dignas del fusilamiento.

La música es flojita, y exceptuando el gran dúo, que dice la gran prensa, dúo un sí es no es latosillo, no «revela» la «hábil» mano de Chapí (¡me parece que el estilo es de crítico puro!)

La interpretación bien, muy bien por parte de Mesejo, que parecía un albañil de verdad; los demás, bastante mal.

La Srta. Domingo no tiene condiciones para el teatro; puede poner un taller de costura.

La empresa ha subido los precios y al público le parece cara *La cara de Dios*.

El Sr. Fernando Mendoza dirige una carta al Sr. López Ballesteros en el *Heraldo*, en la que después de varias espantosas majaderías, se sale diciendo:

«Telegrafiaré al llegar á Méjico, si las olas lo permiten. Salude en nuestro nombre á los amigos, y reciba un cariñoso abrazo de su afectísimo.»

¡Dios mío! ¡para cuándo serán las tempestades!

María González, que es una tiple que está ronca un día sí y el otro también, ha rescindido su contrato con la empresa del teatro Martín.

¡Jarabe de Tolú!

DISLOCACIONES

El conde de Peñalver, que como verá el curioso lector, es además de mal alcalde, mala persona, pidió hace días en el Senado, porque es senador, que el Gobierno influyera con los diputados adictos con objeto de que éstos votaran concediendo el suplicatorio para procesar al Sr. Blasco Ibañez.

Y el buen conde, en el calor de la improvisación, llegó á decir que el Sr. Blasco Ibañez ofendía á la moral pública.

Y si vieran ustedes qué mal sonaba en boca del exconcejal y ex procesado de las sisas la palabra moral.

El Sr. Conde de Peñalver, que entró en el ayuntamiento con una mano delante y otra atrás, en vez de salir con ambas atadas, salió con dos casitas muy monas en la plaza de Santa Bárbara.

Solamente que si cuando era concejal lo procesaron y salió sin la absolución, en sus últimos escarceos arquitectónicos salió sin el menor contratiempo.

Por algo era alcalde.

El Sr. Mencheta ha dicho en el Congreso que duda sea el Sr. Silvela un Presidente de cuerpo entero.

En cambio, nadie ha puesto en duda en el Congreso, ni fuera de él, que el Sr. Mencheta es todo pies.

El Sr. Lapoulide hace en el *Heraldo* una especie de crónica de la guerra, que parece tomada sobre el terreno.

Habla de regimientos y escuadrones con una claridad admirable.

Leyendo al Sr. Lapoulide, se duda de la existencia del Transvaal.

Leemos en *La Correspondencia Militar*:

El partido llamado de concentración democrática, celebró ayer su primera sesión.

Asistió el Sr. Sol y Ortega.

Y apedreó con su oratoria á los asistentes al acto.

Entre los cuales había, en realidad, algunos... asistentes.»

«¿Está seguro el colega de que no eran más que asistentes? ¿No podía ascenderlos?»

El capitán *Verdades*, restituido á la redacción de *El Nacional*, después de varios meses de cautiverio, se dispone á emprender una campaña contra los hombres civiles, verdaderos causantes—según él—de las deshonras de la patria.

Hace bien el denodado capitán en emprender esa cruzada. Después de los militares, los civiles. Es natural. Y luego, el día 31 de Diciembre, el balance.

El *Heraldo de Madrid* asegura que la falta de decorado quitaba visualidad á la representación de *Madame Saint Gene*.

El colega habrá intentado decir propiedad escénica. Porque, ¿dónde tiene los ojos el decorado?

Ha muerto Fabié. A consecuencia de su fallecimiento vestirán de luto la familia y el Sr. Siboni, que es, como el finado, escritor y boticario.

Más boticario que escritor, naturalmente.

El cándido Demófilo recuerda á los deudores de *Las Dominicales* que «ahora, cuando todo el mundo tiene el deber de redoblar sus energías para contribuir á la resolución de la crisis suprema de la patria», es la mejor oportunidad de pagar los recibos atrasados.

Es un razonamiento que puede utilizar hasta el sastre.

El gobernador del Banco de Barcelona ha autorizado á los cobradores para que usen revólver.

Debe de ser hombre de gran inteligencia ese gobernador.

Ha presentido que dentro de poco todos los bancos cobrarán así: con revólver.

Imprenta y Fotograbado de Enrique Rojas, Pizarro, 16.

CARNECERÍA INTEGRAL



—Pero, ¿qué carne me está usted dando?

—Como ha subido tanto la de buey, ¡tengo que darla de burro!.